

EL CONOCIMIENTO QUE NO TENEMOS

El desarrollo científico suele medirse por aquello que se descubre. Nuevas especies, tratamientos, materiales, tecnologías y explicaciones de fenómenos naturales y sociales amplían continuamente las fronteras de lo conocido. Nunca se había producido, almacenado y compartido tanta información como en la actualidad. Sin embargo, junto a ese enorme patrimonio de conocimiento persiste otro territorio mucho menos visible: el de aquello que todavía no conocemos.

Reconocer su existencia no constituye una debilidad de la ciencia. Por el contrario, identificar lo desconocido ha sido siempre uno de los motores de su avance. El problema surge cuando los vacíos de conocimiento no son evidentes o cuando aquello que se conoce parcialmente comienza a asumirse como suficientemente conocido. La ausencia de información puede entonces condicionar las preguntas que se formulan, los modelos que se construyen y, finalmente, las decisiones que se adoptan.

Estos vacíos tampoco se distribuyen de manera uniforme. Algunas especies, ecosistemas, poblaciones y territorios han sido estudiados durante décadas, mientras otros continúan escasamente documentados. Investigaciones recientes muestran importantes desequilibrios geográficos y temáticos en el conocimiento disponible sobre los ambientes tropicales y señalan que extensas regiones del océano permanecen insuficientemente muestreadas. Paradójicamente, algunos de los territorios de mayor diversidad biológica del planeta se encuentran entre aquellos sobre los cuales persisten importantes lagunas de información.

La situación trasciende las ciencias naturales. En salud, educación, economía, agricultura o ciencias sociales, la disponibilidad y calidad de los datos determinan qué fenómenos pueden caracterizarse adecuadamente y cuáles permanecen parcialmente ocultos. Una población poco representada, una serie temporal interrumpida o una realidad territorial insuficientemente documentada pueden limitar la capacidad de explicar fenómenos y de diseñar respuestas apropiadas. Lo que no se observa o no se mide difícilmente puede incorporarse con el mismo peso a la construcción del conocimiento. Y estas ausencias no son necesariamente inocuas: aquello que se conoce de manera insuficiente puede recibir menor atención al establecer prioridades de conservación, diseñar políticas públicas o adoptar decisiones sanitarias, educativas y productivas. El vacío de conocimiento puede convertirse así en un vacío de atención.

Para América Latina y el Caribe esta cuestión adquiere particular importancia. La extraordinaria diversidad biológica, ambiental, cultural, productiva y social de la región

contrasta con capacidades científicas y sistemas de información muy desiguales entre países y territorios. Generar conocimiento propio no implica desconocer el carácter universal y colaborativo de la ciencia. Significa disponer de evidencia suficiente para comprender realidades que no necesariamente pueden explicarse mediante datos obtenidos en otros contextos. El desafío no consiste solamente en producir más conocimiento, sino también en reconocer qué territorios, poblaciones, fenómenos y problemas de la región permanecen insuficientemente estudiados y cuáles de esas ausencias resultan especialmente relevantes y prioritarias.

La creciente utilización de grandes bases de datos, modelos computacionales e inteligencia artificial agrega una nueva dimensión al problema. Estas herramientas permiten identificar relaciones y procesar información a una escala antes inimaginable, pero su capacidad depende, en buena medida, de aquello que previamente ha sido observado y registrado. Un modelo puede encontrar patrones entre millones de datos; no puede recuperar por sí solo la información que nunca fue generada. Más capacidad para procesar lo conocido no equivale necesariamente a reducir lo desconocido.

Por ello, una tarea esencial de la investigación contemporánea consiste también en reconocer sus propios vacíos. Preguntarse qué falta por conocer, dónde están las mayores ausencias de información y qué realidades permanecen insuficientemente representadas puede ser tan relevante como producir nuevos resultados dentro de campos ampliamente estudiados. Para INTERCIENCIA, contribuir a la circulación de preguntas, conocimientos y perspectivas provenientes de distintas disciplinas y contextos de nuestra región constituye también una forma de ayudar a reconocer y reducir esos espacios todavía insuficientemente conocidos.

Las fronteras de la ciencia no están delimitadas únicamente por las respuestas alcanzadas, sino también por las preguntas que todavía no hemos podido formular. En una época caracterizada por una disponibilidad de información sin precedentes, reconocer el conocimiento que no tenemos puede ser, paradójicamente, una de las formas más necesarias de continuar avanzando.

ANA RAQUEL PICÓN ÁVILA
Editora (E)
INTERCIENCIA